

el fogón de la peonada



EL CHAPULIN

—35—

MIGUEL SALGUERO

De lugares lejanos llegaron las nuevas: viene el chapulín. Es un animal que arrasa con todo, decían las gentes. Millones y millones de bichos cubren el sol y cuando caen a la tierra no dejan nada más que el suelo pelado. Había que salvar a la hacienda El Salitral de la plaga.

Nos imaginábamos que esos insectos provenían de la misma tierra en donde don Nando decía que habían culebras tan grandes como árboles tendidos. Cierta vez unos exploradores llegaron, pusieron las alforjas en un palo caído y lleno de lana, y se dispusieron a pasar de noche. De pronto el palo se movió y desapareció: no era tal árbol caído sino una enorme serpiente.

O de aquellos confines en los cuales cierta vez cayó Simbad el Marino y pudo salir en las alas de un buitre. Quién sabe; lo cierto es que el chapulín amenazante venía de camino.

Abuelo Cirilo, dejó Aserrí y se vino a trabajar de peón a la hacienda. Le dieron la pieza del Corral en donde habría de terminar sus días. Se la dio, mejor dicho, nuestro padre de acuerdo con don Alfredo Chavarria. Porque ya don Nando era el mandador. Eran los tiempos en que don Alfredo habitaba solitario la Casa Grande.

A las seis de la mañana se tocaba "el cacho" de entrada al trabajo; a esa hora los peones se presentaban, don Nando pasaba lista, y cada quien se iba a su labor. El cacho citado no era otra cosa que un caracol de mar así de grande, que costaba un mundo hacer sonar. A nosotros por poco nos revienta los pulmones de tanto soplar y soplar sin conseguir otra cosa, en las palabras de los primos, que un simple pedo.

Por fin se dijo que el chapulín estaba por el lado de La Páfila y que venía hacia la hacienda nuestra. La movilización fue general; grandes y pequeños, cada cual con el tarro o el trasto que pudiera conseguir, a hacer el más infernal ruido que se recordaba en todo el Valle. El tun tun de cafeteras, picheles, latas de manteca, tarros de leche, hojas de cinc y hasta platos comunes y corrientes, en un escándalo que se oía a muchos kilómetros. Nadie se quedó en su casa; desde el abuelo Cirilo hasta el nietillo; desde el administrador hasta el guarda. El único que no hizo bulla fue el patrón, seguro porque no estaba por ahí.

Y se salvó la hacienda. El chapulín empezó a caer fuera de los límites de El Salitral, en el potrero de Los Troncos y en los cafetales de las Gravillas. Luego, al día siguiente, los animalitos emprendieron el vuelo hacia otros campos. En la hacienda quedó el eco del escándalo y más de un trasto arrugado. En cuenta la olla enlozada de doña Mela, que alguien sin permiso tomó como tambor improvisado. La bravura de don Nando no logró, a pesar de su intensidad, resolver nada.